

Archivo Histórico de Jalisco Departamento de Investigación y Divulgación

El Tiempo
Jalisco



Año IX • Núm. 27 • Noviembre 2014

Índice



El Segundo Imperio en Jalisco: avatares de su implantación y la lucha por el poder entre colaboracionistas y republicanos

Editorial 3

El Segundo Imperio en Jalisco 5

Semblanzas de personajes 6

Reseñas de libros 11

Archivos bibliográficos 11

Editorial



Hasta los años ochenta del siglo pasado, el Archivo Histórico de Jalisco (AHJ) contaba con un boletín que servía de órgano de difusión y contacto de la institución. Desafortunadamente dejó de publicarse. Hasta comienzo del nuevo milenio, el AHJ empezó a subir a la página del Gobierno del Estado la revista electrónica El Tiempo Jalisco, junto con las efemérides y el documento del mes.

En su primera sección o dossier, El Tiempo Jalisco presenta una monografía sobre temas regionales o jaliscienses; aunque útil para dar a conocer la historia, la revista no cumple con todas las funciones del boletín, como dar a conocer el patrimonio documental del AHJ.

En esta primera entrega del boletín, en su nueva época, los lectores encontrarán un apartado dedicado a un acontecimiento memorable de la historia jalisciense que puede rastrearse en los documentos y libros que conforman los acervos de nuestra institución. Complementando esta sección, hay otra contigua dedicada a mostrar referencias y documentos en copias facsimilares localizados en el AHJ; así como una bibliografía relacionada con el tema que también puede ser consultada en la biblioteca de la institución. A través del Boletín los lectores podrán informarse sobre actividades importantes acontecidas en el mundo archivístico del Estado.

El boletín pretende ser un órgano vinculante entre todos los archivos públicos que conforman la red estatal y busca también estrechar la comunicación con las instituciones privadas dedicadas al resguardo y conservación del patrimonio documental de la región.

Sus páginas están abiertas a sus comentarios y colaboraciones. Sientan la confianza de mandar aportaciones y trabajos relacionados con el mundo de los archivos y de la historia regional.

La periodicidad del boletín será cuatrimestral y se le podrá consultar, en su versión electrónica, en la sección del AHJ, del portal del Gobierno del Estado. Esperamos que este primer número sea de su agrado y quedamos a sus órdenes para cualquier comentario.

Atte.

Lic. Carmen Guadalupe Lomelí Molina

*El Segundo Imperio en Jalisco:
avatares de su implantación y la lucha
por el poder entre colaboracionistas y
republicanos*

Por el Dr. Fabian Acosta Rico

RESUMEN

El presente trabajo destaca la acogida que tuvieron los franceses en tierras jaliscienses, tras la caída de la capital y el exilio del gobierno del Presidente Benito Juárez. La nación estaba dividida respecto a la instauración de una monarquía constitucional encabezada por el archiduque Fernando Maximiliano de Habsburgo. Los jaliscienses, a diferencia de muchos de sus coterráneos,

se mostraron despectivos con los invasores; no obstante la aceptación del Emperador de las leyes de reforma le granjeó la adhesión de importantes liberales moderados como Jesús López Portillo. Mientras tanto, entre las filas republicanas imperaba la desorganización y el desánimo; después de cada derrota muchos desertaban o se pasaban al bando de los imperialistas. Sobre estos difíciles años para Jalisco y México en general trata el presente trabajo.

Y yo sé que en México no habrá patria, mientras los niños de las escuelas no aprendan a derramar una lágrima de gratitud por el hombre que dejó en Europa el lujo y la gloria para venir a la América a morir en defensa de la cultura latina amenazada.

José Vasconcelos



El filósofo José Vasconcelos al estudiar y comentar la historia de México rescata la vilipendiada figura de Maximiliano aseverando, de manera muy especulativa, que el efímero Emperador, hermano de Francisco José de Austria, vino a América totalmente consciente de que no crearía una exótica dinastía; su verdadera intención era construir un gobierno nacional independiente del poder anglosajón que salvaría la cultura hispánica y la soberanía de su nuevo país. (Vasconcelos, 1999, pág. 284).

Los historiadores e intelectuales revisionistas como Carlos Alvear Acevedo, Salvador Abascal y hasta José Fuentes Mares avalan o dan por correcto el retrato moral que hace Vasconcelos de Maximiliano; como mínimo, lo reconocen como un hombre culto y bien intencionado cuyo trono tuvo el favor y respaldo de un amplio sector de la sociedad; no sólo de los conservadores adinerados, sino también de muchas comunidades indígenas que lo ovacionaron y le tributaron arcos y caminos de flores de Puebla a la Capital, tras la deslucida acogida que le dieron los lugareños del puerto de Veracruz a la pareja imperial.

¿Qué tan dividida estaba la opinión pública jalisciense acerca de la legitimidad y conveniencia del régimen de Maximiliano? ¿Tuvieron aceptación y éxito en su labor pública las autoridades imperiales en



Jalisco? ¿Qué tan exitosa fue la resistencia republicana durante los años previos a la salida del ejército expedicionario francés? Son muchas las interrogantes que gravitan en torno a la instauración del Segundo Imperio Mexicano en Jalisco; algunas de ellas pueden contestarse parcial y sesgadamente acudiendo a las obras de historiadores de la época como Francisco de Paula de Arrangoiz y Luis Pérez Verdía o en su defecto pueden revisarse los testimonios documentales pertenecientes al acervo del AHJ.

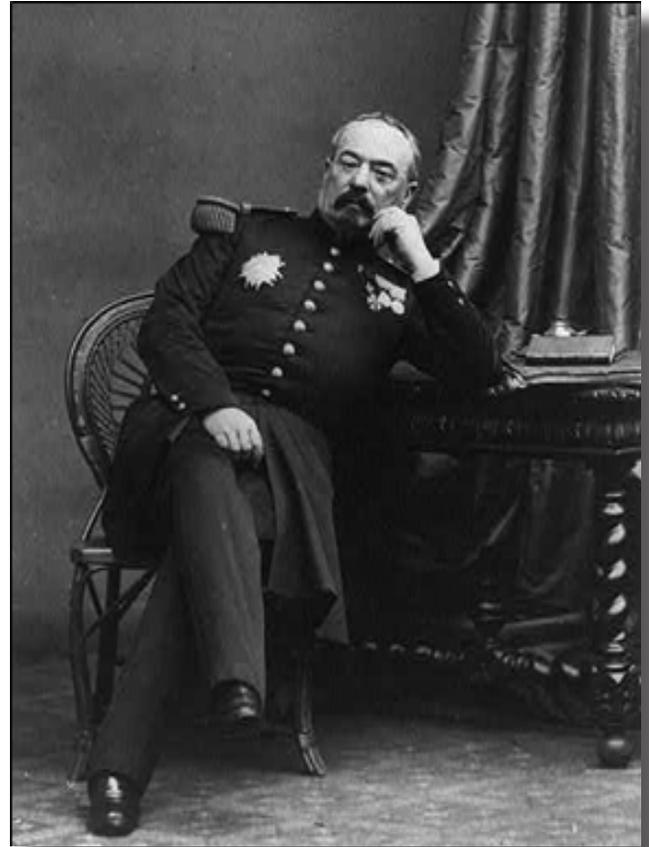
Arrangoiz, conservador inconforme con las ideas y políticas liberales implementadas por el Emperador, reconoce que los sectores sociales que estaban más comprometidos y entusiasmados con el regreso de la monarquía eran los indígenas; a su entender porque persistía la hispánica nostalgia por los

gobiernos justos y las paternales legislaciones españolas. Sobre el recibimiento que tuvo la pareja de emperadores en Veracruz, el 28 de abril de 1864, precisa que está no pudo ser más deslucida; algunos curiosos les dieron una bienvenida donde estuvieron ausentes las ovaciones y la algarabía; aves negras volaban sobre el puerto formando un círculo siniestro sobre el cielo. La hospitalidad mexicana pago su deuda en lo restante del viaje:

El ocho (de mayo) fueron los Emperadores a la ciudad de Cholula que dista ocho kilómetros y medio de Puebla, y cuyos habitantes, indios con pocas excepciones, habían construido para recibir a SS. MM. más de quinientos arcos de follaje y de flores entre las ciudades: los Emperadores y su comitiva comieron sobre una alfombra de flores materialmente, y los cholulenos recibieron a SS. MM. con un entusiasmo que rayaba en delirio... (Arrangoiz, 2000, pág. 588).

La construcción del Imperio seguía su curso, a la par que el itinerante gobierno de Benito Juárez emprendía su repliegue rumbo al norte de la República (una República cuya soberanía se achicaba con cada triunfo de las armas francesas).

El nuevo general en jefe del ejército intervencionista, Aquiles Bazaine emprendía su marcha triunfal sobre Guadalajara con una hueste de 47 mil soldados; de esta tropa 12 mil 920 eran combatientes mexicanos (Arrangoiz, 2000, pág. 257). El general francés avanzó de Aguascalientes para Lagos y de allí enfiló a Tepatlán y finalmente pisó las goteras de la Capital de Jalisco el primero de enero de 1864.



Gobernaba el estado, por designación del Ministerio de la Guerra, el general José María Arteaga. Arteaga no presentó resistencia al invasor. Pudo, siguiendo los principios de la estrategia, fortificar el puente de Tototlán con una fuerza de cuatro o cinco mil hombres. Pero prefirió apurar la evacuación de la plaza; el domingo 4 emprendía la retirada al frente de los batallones 5º y 11º de infantería de Guardia Nacional, quedando la ciudad sin soldados. (Pérez, 1952, pág. 260)

La criolla sociedad tapatía no brincó de felicidad por la llegada del ejército de Luis Napoleón III (el mejor entrenado y equipado de su época). Permanecieron los habitantes

de la ciudad encerrados en sus casas con cerrojo y ventanas atrancadas. Ante la falta de autoridades, los comerciantes conformaron una patrulla armada, "guardia mutua", que hacía ronda por las calles del centro de la ciudad. Imperó la oscuridad en la noche pues nadie encendió el alumbrado.

Demoraba la toma de la plaza el Mariscal Bazaine, a la manera del enamorado que indulgente le da tiempo a la novia para que termine de ataviarse. Guadalajara no se engalanaba para recibirle, estaba más bien enlutada. Alcahuete de la vanidad del Mariscal, el General Osmont, se presentó en la ciudad el día 5 con una compañía de zuavos y cazadores de África. Al anochecer, el Capitán J. Saviñon le dio la orden al canónigo José Luis Verdía de que hiciera repicar las campanas cuando entrara Bazaine y el cuerpo expedicionario (Muriá, 1981, pág. 250). Clérigo de ideas liberales, le contestó con aplomo que si querían repiques enviase tropas a las torres. En respuesta a su patriótico desplante obtuvo el prelado las amenazas e increpaciones del oficial francés; quien terminó siendo reprendido por su superior.

Al día siguiente, por la mañana, aparecieron los franceses relucientes, disciplinados, equipados y bien vestidos. Los parroquianos que contemplaron el desfile quedaron impresionados de tan gallardo contingente. Desconcertado y molesto estaba Bazaine;



ningún respetable tapatío sintió la obligación de recibirlo.

Forzando la hospitalidad negada, el Mariscal propuso una lista de cien notables que conformarían un gobierno provisional; de nueva cuenta sufrió el desaire de los tapatíos; del total de los convocados, sólo se presentaron 31 notables encabezados por Juan G. Mallén. Resultaron pocos para que Bazaine quisiera presidir con ellos una asamblea; les pidió que firmaran un acta de adhesión al Imperio y fin del asunto.

La ratificación de la desamortización de bienes eclesiásticos causó divergencias entre los regentes y el alto mando francés; quienes demandaron la intervención del Mariscal. La controversia representó la primera fisura en la endeble unidad imperial; pues dio pauta a un temprano distanciamiento entre los invasores y sus aliados los conservadores.

El 12 de enero, Bazaine dejó

Guadalajara, asignándole el mando militar de Jalisco al Coronel Garnier y el civil al General Mariano Morett; este último ocupó la titularidad del poder ejecutivo hasta la llegada del General Rómulo Díaz de la Vega, el elegido de la Regencia para el cargo. (Muriá, 1981, pág. 250).

Estaba en Guadalajara el general conservador Miguel Miramón quien ocupó la presidencia de la República durante la Guerra de Reforma. El también llamado "Joven Macabeo" regresaba de su destierro en Europa para poner su espada al servicio del Imperio; sumando las tropas auxiliares a su mando, más los franceses del 51 de línea, al mando del General Garnier, la tropa imperial que defendía la plaza, apenas llegaban a los mil 500 efectivos. Concedor de estos números, el general encargado de las fuerzas republicanas de la región, José López Uraga, no movilizó contra ellos a sus casi 12 mil soldados. No obstante, el general gozaba de toda la confianza del Presidente Benito Juárez; quien le asignó el mando del Ejército del Centro que operaba en Jalisco, Michoacán, Colima, Guanajuato y Querétaro con facultades para decidir en asuntos militares y de hacienda. Sin embargo, la lealtad de Uraga zozobraba entre la ambición personal de convertirse en presidente y el fatalismo de creer la causa perdida. Sin hacerlo público defecionó, brindándole con su discreción un inestimable servicio a los franceses al no presentarles combate ni hostigarlos.



López Uraga argumentará en su descargo que prominentes liberales moderados, como Jesús López Portillo, lo persuadieron para traicionar la causa republicana abanderada por el presidente Juárez; cuyos enemigos no dudaron en brindarle su apoyo al Imperio, aunque del invasor recibieran un trato despectivo (todo militar mexicano, por alto que fuera su rango quedaba subordinado a cualquier oficial francés). En una carta firmada por el propio López Portillo, Juan José Caserta, Vidente Ortigoza, y reproducida por los periódicos imperiales le insisten al general que deje de luchar por una causa perdida; que

los emperadores ya asumieron la corona de México; que el anterior gobierno legitimado por la Constitución de 1857 estaba disuelto, cuyo caso tendría, entonces, que exponer a sus soldados:

El nuevo emperador ha jurado sostener la independencia y ha ofrecido dotar a la Nación de instituciones sabiamente liberales... Contando con ellas, los republicanos que tenemos el sentimiento de perder el sistema bajo (el cual) vivimos tantos años, al menos nos consolaremos con que se hayan salvado los bienes preciosos de la soberanía nacional y de la Reforma. (Vigil, 1970, pág. 228).

El azote de Jalisco, el guerrillero del agrarismo nayarita, Manuel Lozada, "El Tigre de Álica", llegó a un acuerdo con el Imperio; pero con reservas y desconfianza. Marcando distancia, prefirió enviar a su lugar teniente, Carlos Rivas, a negociar con el General Félix Douay en Tequila. En nombre de los Pueblos Unidos de Nayarit y de su caudillo, Rivas pactó que mantendrían una fuerza de 3 mil hombres que respaldarían a los franceses en la región manteniendo libre y protegido el camino de Magdalena a Tepic y San Blas: "para que las comunicaciones con Mazatlán no se interrumpieran, y que apoyaría(n) y sostendría(n) la ocupación de aquel puerto." (Pérez, 1952, pág. 269)

Quienes no lograban ponerse de acuerdo eran los republicanos. En las filas nacionales privaba la desconfianza. El General Ramón Corona le advirtió a tiempo a

José María Arteaga acerca de sus sospechas sobre la posible defección de Uraga. Cuando el general en jefe pretendió destituirlo, Arteaga lo confrontó. La situación se tensó; Uraga respondió su insubordinación enviando una fuerza a someterlo; anticipándose a este movimiento, desde su cuartel, en Tecolotlán, el 13 junio de 1864, desconoce al jefe de los ejércitos del centro y lo acusa de traidor.

Viéndose delatado y escasamente secundado, Uraga entregó el mando a Miguel María Echegaray y viajó al Bajío: En la ciudad de León se declaró abiertamente a favor del Imperio (Muriá, 1981, pág. 254).

Por designación de Juárez, el 1 de



julio, Arteaga reemplazó al general desafecto al frente del Ejército del Centro. El nuevo jefe de las tropas republicanas nombró gobernador y comandante militar provisional a Anacleto Herrera y Cairo, el 24 de julio de 1864. El cambio de mando no arrojó mejores resultados, igual que su antecesor, Arteaga le cedió al enemigo toda la iniciativa. Con indolencia, o quizá para acallar su desánimo, se entregó a la buena vida en Zapotlán; de fiesta en fiesta, el general no hacía planes de campaña y mantenía a las fuerzas del sur ociosas, desunidas y desorganizadas.

Terminada la estación de lluvias, los franceses recontinuaron la campaña. El general Douay salió de Guadalajara el 15 de octubre al frente 200 soldados que unirían fuerzas con los mil 500 infantes y 500 jinetes del general Márquez, que salieron de Zamora para encontrarse en Zapotiltic. Los republicanos rechazaron en la barranca de Atenquique un primer asalto de los imperiales. El Coronel De Potier mantuvo bajo fuego la posición enemiga y mientras el General Douay franqueaba la barranca, atravesó el río Tonila y atacó por la retaguardia el ejército de Arteaga; quien al advertir la cercanía de los franceses, despeñó artillería y parque. Aligerado en cargo, replegó a sus hombres a Colima. Con los imperiales pisándoles los talones, emprendió una fatigosa marcha a Michoacán. En Jiquilpan y con lujo de temeridad, el Coronel Clinchant, al mando de 300 zuavos y 100 cazadores de África, tomó por sorpresa a los republicanos; desorganizados



e inermes sólo mil presentaron combate y el resto huyó:

Después de esto Arteaga se retiró a las montañas de Michoacán con un grupo insignificante, pues a la derrota siguió el desbandamiento más completo. Herrera y Cairo con alguna caballería volvióse a Jalisco por Tinguindí y Los Reyes. (Pérez, 1952, pág. 302).

Las derrotas militares causaron estragos en las filas mexicanas. Los pocos jefes y soldados que seguían en pie de lucha se replegaron a la Hacienda de Zacate, en El Grullo. Pocos y desunidos, no logró el alto mando republicano deliberar sobre quién comandaría aquel ejército, hecho de retazos de divisiones diezmadas. La desesperación y la impotencia orillaron a los jefes y oficiales

a suscribir un manifiesto que convocaba a la guerra total.

Reunidos en la casa de la hacienda, el 13 de diciembre, firmaron el documento que señalaba de traidores a todos los mexicanos que, estando en condiciones de combatir contra el invasor, no lo hiciera; las poblaciones que ofrecieran alojamiento a las tropas francesas serían incendiadas y sus hombres levantados en leva; los bienes de los particulares pasarían a ser propiedad de las Brigadas Unidas; por último se dejaba en libertad a los mandos de dichas Brigadas para suscribir o no el manifiesto: una vez rubricado sería condenado a pena de muerte el que no obedeciera o desertara (Pérez, 1952, pág. 308).

Las Brigadas Unidas tomaron e instalaron su cuartel en Ciudad Guzmán; atacaron Colima donde fueron rechazadas por las fuerzas del General Carlos Oronoz. Obligados a refugiarse en Ciudad Guzmán, prendió de nuevo las discrepancias entre los mandos republicanos y algunos, como Antonio Rojas, impusieron préstamos forzosos y saquearon las poblaciones que encontraban a su paso.

El último contingente mexicano organizado lo capitaneaban Anacleto Herrera y Cairo, Manuel Echegaray y Julio García; lo conformaban alrededor de 2 mil hombres que, tras ser hostigados por las fuerzas imperiales,



terminaron siendo rodeados por soldados de Maximiliano. Superados en número, los jefes republicanos capitularon el 8 de febrero de 1865.

No corrió mejor suerte el general Arteaga, quien a pesar de su mala salud y sobrepeso seguía luchando contra la ocupación en Michoacán; donde fue hecho prisionero, en Santa Ana Amatlán, y fusilado con cuatro de sus oficiales en Uruapan, el 21 de octubre (Muriá, 1981, pág. 262).

Los éxitos militares no bastaban para consolidar la instauración del Imperio en Jalisco y en la región. Rómulo Díaz, de quien se sospechaba estar en tratos con prominentes conservadores, entregó la prefectura a Domingo Llamas, el 18 de agosto de 1864; y éste a su vez lo sustituyó, el 14 de diciembre, el general Mariano Morett, un héroe de la guerra contra los Estados Unidos y desertor de las filas liberales. El regalismo de Maximiliano afectaba la consolidación

política imperial: pues, por un lado, le dio continuidad a la Reforma; ratificó por ejemplo, igual que el general Élie-Frédéric Forey, los títulos de propiedad sobre bienes eclesiásticos expropiados; y, por el otro, pretendió celebrar con el Papa Pío IX un concordato para ejercer el viejo patronazgo sobre la Iglesia, reduciendo a los clérigos a funcionarios pagados por el erario imperial, quitándoles así el derecho a cobrar diezmos y obvenciones. La filiación reformista del emperador sólo le granjeó adhesiones desleales de parte de los liberales mexicanos; en cambio, el clero y los conservadores estaban disgustados con su soberano que, a su entender, no cumplía la promesa hecha al Papa de restablecer el orden imperante antes de la promulgación de la Constitución de 1857.

Jalisco el regreso de Pedro Espinosa y Dávalos, el 22 de marzo de 1864, investido por el propio pontífice como arzobispo, suscitó tensiones entre las autoridades imperiales y las eclesiásticas. Igual como ocurrió con el Obispo Pelagio Labastida en la ciudad de México, la presencia del primer Arzobispo de Guadalajara animó a algunos clérigos tapatíos a demandarle a Bazaine el retorno de algunos bienes eclesiásticos desamortizados; el general francés les respondió con una negativa; como lo hiciera también el general Forey ante las demandas del obispo Labastida. Este desplante regalista produjo desencanto e indignación entre conservadores como Remigio Tovar; quien, antes de la intervención,



emprendió una guerra de guerrillas contra el gobierno juarista y esperaba, igual que muchos de sus compañeros de armas y partido, que los franceses respaldaran su programa político. Sintiéndose traicionados, Tovar y otros notables conservadores, apoyados en secreto por Díaz de la Vega, conspiraban contra el Imperio.

Teniendo de frente el problema que representaban las guerrillas republicanas, que por igual saqueaban poblados o emboscaban franceses, Jesús López Portillo y Serrano asumió la Prefectura de manos de Morett. Político de prestigio, probidad, y liberal moderado, López Portillo estampó su firma en el documento enviado al general Uruga solicitándole deponer las armas. Asumió el cargo el 8 de mayo de 1865. Mucho en común tenían el nuevo prefecto y el emperador. Ambos eran hombres de elevada cultura y espíritus compasivos con los

marginados. Maximiliano y su esposa Carlota sentían un especial afecto y predilección por los indígenas; movidos por estos sentimientos abolieron la Ley Lerdo que decretaba la extinción de la propiedad comunal; dicha ley impactó negativamente a los ranchos de indios; acostumbrados a trabajar en colectivo sus parcelas, los indios terminaron vendiéndolas, tras su fraccionamiento, a latifundistas o terratenientes. En este mismo tenor, los emperadores crearon las escuelas bilingües, donde se impartían clases en castellano y en lengua indígena. En Guadalajara la educación recibió cierto impulso, a pesar de los vaivenes políticos y el estado de guerra.

En un informe presentado por el inspector general de enseñanza primaria, José Velázquez computaba en la ciudad ocho escuelas municipales y un número igual en los poblados aledaños; más diez particulares de varones, cinco de niñas más dos de beneficencia, en total sumaban 42 establecimientos educativos; donde recibían clases 3 mil 468 estudiantes. Guadalajara tenía un total de 100 mil habitantes; partiendo de esta cifra, la cobertura educativa era baja; no obstante, el régimen prometía elevarla pero le faltó tiempo.

Ante el anuncio de que Maximiliano visitaría Guadalajara; calles y casas recibieron su remozada para darle la bienvenida. Las fachadas de los hogares tapatíos fueron blanqueadas y pintadas quitándole a la



estampa urbana de la ciudad su aspecto derruido y lúgubre. El deseado nunca llegó. México y Jalisco cambiaban.

En vano intentaba el Emperador comprometer la lealtad de liberales como López Portillo; que en su mayoría no simpatizaban con la monarquía y añoraban el retorno de la democracia y la República. Al prefecto lo elevó al rango de Comisario Imperial. La comisaría era una división territorial que abarcaba varios departamentos.

Estatuto provisional del Imperio Mexicano, artículo 52, se establecía, formalmente, la nueva división territorial

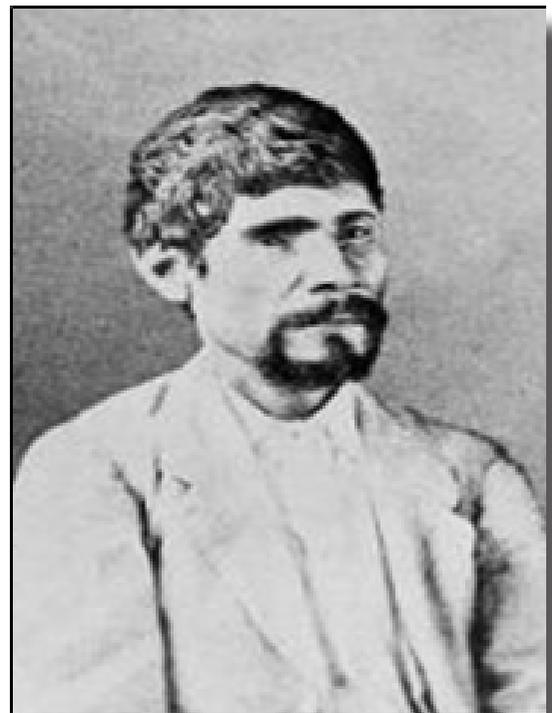


de México. Los estados desaparecían y con ellos los cantones; los remplazaban los cincuenta departamentos presididos por prefectos designados directamente por el emperador. Estos a su vez, para fines principalmente militares, estaban agrupados en ocho divisiones o comisarías. La asignada a López Portillo, la número cuatro, agrupó los departamentos de Nayarit, Zacatecas, Aguascalientes, Jalisco, Autlán, Colima, Coalcomán y Tancítaro, cuya cabecera quedó situada en la propia ciudad de Guadalajara.

Nótese que en el listado aparece Nayarit como departamento; en la antigua división, este territorio conformaba el séptimo cantón de Jalisco. Manuel Lozada luchaba con su insurgencia indígena-agrarista por separar Nayarit. Queriéndose congregar con Lozada, Maximiliano le dio lo que tanto anhelaban, logrando que él, y los guerreros de la sierra

de Álica, lo secundaran. Pero cuando Bazaine, al llamado de Luis Napoleón, tuvo que reembarcar al ejército expedicionario, "El Tigre de Álica" no dudó en darle la espalda al Imperio.

Con el ascenso de López Portillo a Comisario, la prefectura recayó en Morett; quien tomó posición del cargo el primero de enero de 1866. Con la nueva administración siguieron las mejoras urbanas: fueron colocadas banquetas, empedradas calles y se puso atención al aseo público. El nuevo perfecto duró apenas tres meses en el cargo, el último de abril, cuando el comisario partía para la Ciudad de México, lo sustituyó Teodoro Marmolejo; a quien Pérez Verdía describe como: "conservador ilustrado de muy bellos sentimientos, que era Magistrado del Tribunal de Justicia" (Pérez, 1952, pág. 330). Este



es un ejemplo del intento del régimen por reencontrarse con el partido que el 10 de abril de 1864, en el Palacio de Miramar, le ofreció la corona de México en nombre de todos sus connacionales.

Por su parte, los republicanos despertaban de su letargo militar. El Imperio daba sus primeros estertores. En Jalisco, a su retorno, el 19 de mayo, el comisario imperial se entera de que Simón Gutiérrez ha incursionado en la ciudad de Autlán dos días antes, siendo rechazado con éxito. Brotaban guerrillas republicanas por todas partes y el descontento era general, conservadores y liberales conspiraban e intrigaban dentro y fuera del gobierno. Imperaba la desconfianza. De quien más sospechaba el régimen era de los republicanos indultados; uno de ellos era el General Antonio Neri. El 3 de junio, el general fue arrestado e incomunicado cincuenta días; la intención del alto mando militar de Jalisco era deportarlo a Yucatán en una cuerda de criminales. López Portillo salió en su defensa. El comisario dispuso su liberación; la medida disgustó al jefe de armas y seguramente a alguien de mayor poder pues terminó destituido. El emperador lo mandó llamar y lo integró a su consejo; dejando en su lugar al Gral. José M. García y en la prefectura a Juan Clímaco Jontán.

En aquellos agitados días; el drama del momento reverberó en la voz de la afamada cantante Ángela Peralta. La artista visitaba



la ciudad para inaugurar con su bello canto el todavía inconcluso Gran Teatro Alarcón (hoy Teatro Degollado). La noche del 13 de septiembre deleitó, con *Lucia di Lamermoor* de Domizetti, a un público que a su cuenta y riesgo abarrotó palcos y galerías sin más protección que sogas improvisadas como barandales; no había tampoco sillas, partes del inmueble estaba aún sin pintar y era notoria la ausencia de adornos y decoraciones. Aquel inmueble a medio construir retrataba el fallido esfuerzo por edificar un imperio que pronto naufragaría. El día 6 de octubre, de nuevo en el Alarcón no sólo se escuchó la partitura *I Puritana* en honor a Peralta; en una parte de la pieza, cuando en dúo de bandera se hizo escuchar el: “gritando libertad”, una parte del público, que abarrotaba el patio y las galerías:

...se sintió inflamado y prorrumpió en vivas, a la libertad y mueras al Imperio, con lo que se armó un serio escándalo por la intervención de la policía que logró al fin calmar los ánimos, haciendo algunas aprehensiones (Pérez, 1952, pág. 333).

La lealtad al Emperador, la sed de libertad; emociones trezadas y confrontadas en la agitación de un pueblo sujeto por los hilos de la historia a un drama de opereta que concluyó teniendo como escenario de su último acto el cerro de la Campana, donde Maximiliano, franqueado por los generales Miramón y Tomas Mejía exclamó:

Mexicanos: voy a morir por una causa justa, la de la independenciam y libertad de México. Que mi sangre selle las desgracias de mi buena patria. ¡Viva México! (Fuentes Mares, 1978, pág. 259).

Arrangoiz, F. d. (2000). México desde 1808 hasta 1867. México : Editorial Porrúa.

Commons, Á. (1989, v. 12). La división territorial del Segundo Imperio Mexicano, 1865. Estudios de Historia Moderna y Contemporánea de México .

Fuentes Mares, J. (1978). Miramon, el hombre. México: Contrapuntos.

Muriá, J. M. (1981). Historia de Jalisco. Tomo III. Guadalajara : UNED.

Pérez, L. (1952). Historia del Estado de Jalisco. México: Gráfica.

Vasconcelos, J. (1999). Breve historia de México . México : Trillas .

Vigil, J. M. (1970). Ensayo Histórico del Ejército de Occidente. Tomo I. . México : Seminario de Cultura Mexicana, 1969-1970.



Semblanza de personajes.

Gral. José María Arteaga

Militar liberal. Nació en la ciudad de México en 1827. Realizó algunos de sus primeros estudios en Aguascalientes. En 1847, combatió a los invasores estadounidenses. Al año siguiente, viajó a San Luis Potosí para enlistarse en el ejército regular. En 1852 era sargento y para 1853 capitán.

En 1854 marchó al sur a las órdenes de Félix Zuloaga. Después de la capitulación de Nuzco, entre santanistas y partidarios del Plan de Ayutla, Arteaga, desligado de sus anteriores compromisos, se unió a las filas liberales en las que militaría en lo sucesivo. Ascendió a comandante de batallón. En 1855, estando en Uruapan como mayor de órdenes, acompañó al general Ignacio Comonfort en su intento de resolver las disputas entre Jalisco y Colima; en aquella ocasión lo ascendieron a Coronel. Meses después lo nombraron gobernador de Querétaro.

Durante la Guerra de Reforma alcanzó el grado de general de brigada combatiendo contra los conservadores. Estuvo en la campaña de Michoacán. Fue gobernador de Querétaro en dos

ocasiones: en 1856 y de 1860 a 1862. Cargo que dejó por segunda vez para luchar contra la intervención francesa. Combatió en Barranca Seca y en Acultzingo, siendo herido en la segunda batalla. Se retiró, el 19 de junio de 1863, a Morelia.

El 19 de junio, el Ministerio de Guerra lo nombró gobernador y comandante militar del estado de Jalisco; cargo que asumió el día 28 de ese mismo mes. (Verdía, 1952: 249). Imposibilitado de hombres y recursos para defender la ciudad del arribo de las tropas francesas capitaneadas por Aquiles Bazaine, el general Arteaga ordenó a los batallones quinto y onceavo de infantería de Guardia Nacional retirarse de la ciudad; quedando ésta desguarnecida.

El 21 de julio de 1864 se manifiesta en relación a la traición de José López Uruga y su nombramiento como jefe del Ejército del Centro. Finalmente es aprehendido en Michoacán y fusilado en Uruapan en 1865.

Gral. Mariano Morett

Nació en Sayula, Jalisco. Fue prefecto político superior del estado de Jalisco en dos ocasiones. La primera del 14 de diciembre de 1864 al 7 de mayo de 1865; la segunda del 5 de octubre de 1865 a octubre de 1866. Como Comandante de caballería, Morett luchó en la guerra contra los Estados Unidos y fue distinguido por su valor. Durante un tiempo fue de convicciones liberales; pero, tras su mal comportamiento en Salamanca, se le dio de baja y acabó en las filas del partido conservador.

A finales del año de 1864, el gobierno imperial de México registró cambios en sus autoridades: el 14 de diciembre de 1864, Domingo Llamas le entregó la prefectura de Jalisco a Mariano Morett (Verdía, 1952: 318). Inmediatamente ordenó el establecimiento de las cortes marciales; Morett tenía, además, la obligación de estructurar una guardia civil en cada población importante del estado. Se modificó el nombre y el modo de elegir autoridades: en cada departamento gobernaría un prefecto político superior, en tanto que en los distritos y partidos actuarían los prefectos y subprefectos.

En marzo de 1865 se dio a conocer, mediante un decreto, una nueva nomenclatura y demarcación territorial para el Imperio mexicano. En Jalisco, fue a Mariano Morett a quien correspondió recibir las nuevas

disposiciones, que establecían la división del país en 50 departamentos, que a su vez se subdividirían en distritos y estos en municipalidades.

Lic. Jesús Portillo y Serrano

Jesús López Portillo nació en la ciudad de Guadalajara en 1818. Estudió en el Seminario Conciliar y en la Universidad; se recibió de abogado en 1840. Comenzó su carrera política como síndico del ayuntamiento de Guadalajara, del 1º de enero de 1842 al 31 de diciembre de 1843, y alcalde Constitucional de la ciudad, de segundo voto, del 30 de junio al 31 de diciembre de 1844, y de primer voto del 30 de junio al 31 de diciembre de 1845. Fue miembro suplente de la Junta Departamental en 1843 y 1846, siendo vicepresidente de la misma. En ese mismo año fue jefe político, diputado al Congreso Local y secretario de Gobierno.

El 1º de febrero de 1844 fue nombrado socio corresponsal del Ateneo Mexicano. El 22 de noviembre de 1845 contrajo matrimonio con María Rojas, siendo frutos de este enlace: Margarita y José López Portillo y Rojas (insigne novelista y también gobernador de Jalisco).

En comunión con José Luis Verdía y Manuel López Cotilla, redactó el proyecto de reforma de la instrucción pública, promulgado

en 1847. Dos años después fue nombrado senador y diputado al Congreso de la Unión, el cual presidió en 1850. Fue electo gobernador de Jalisco y tomó posesión de su cargo el 1º de marzo de 1852; pero, su administración se interrumpió por el pronunciamiento de José María Blancarte; quien lo derrocó. Abandonó Guadalajara el 28 de julio.

Antonio López de Santa Anna lo desterró del país. Durante tres años recorrió las principales ciudades europeas. A su regreso, en 1856, es nombrado magistrado de circuito y, en 1857, diputado al Congreso Constituyente de Jalisco. Del 24 de noviembre al 5 de diciembre de 1862, fungió como consejero del gobierno y gobernador interino. Con el establecimiento del Segundo Imperio, aceptó el nombramiento de consejero de estado y prefecto político del Departamento de Jalisco, del 8 de mayo al 4 de octubre de 1865, fecha en que se le da el rango de comisario imperial. Al triunfar la República, las autoridades republicanas lo apresaron. Es condenado a pagar una multa y a seis años de destierro. La sociedad de Guadalajara intercede en su favor y se le conmuta la pena por la de confinamiento en la ciudad.

Durante su administración como gobernador se estableció un servicio de policía y seguridad. Mandó empedrar calles y poner banquetas; y los muros y paredes de las casas se pintaron. Así mismo se estableció un servicio de aseo para la ciudad. Persiguió el

juego de azar y penalizó la vagancia. Estableció una exposición anual de productos agrícolas y fabriles del estado. Dispuso la creación de un cuerpo de bomberos y estableció una plaza de arquitecto encargado de la dirección de obras públicas. Muere en 1901.

Reseñas de libros

Por Daniel Ascencio Tene

Celebrando la reaparición de la Gaceta del AHJ que corresponde al número uno y que trata sobre El Segundo Imperio, vislumbro pertinente el que uno de los temas a tratar, en ese contexto, sea sobre Jalisco en su efeméride de La batalla de la Coronilla, ocurrida en Acatlán de Juárez, en 1866 y referida por Pedro Humberto Garza, en su libro de idéntico nombre, fundamentado en el informe que el Gral. Eulogio Parra envió al general en Jefe del ejército de Occidente Ramón Corona. A continuación presento una breve reseña.

Autor: Pedro Humberto Garza Gómez.

Título: La Batalla de la Coronilla.

Editorial: UNED.

Lugar y año de la publicación: México, 1984.

Ubicación: Biblioteca del AHJ

Clasificación: F 972.35/GAR/ Ej. 1

El conocimiento del triunfo del ejército mexicano con Ignacio Zaragoza a la cabeza, el 5 de Mayo de 1862, apenas dos semanas después de tener lugar los hechos, exacerbó aún más el celo cívico. En Guadalajara hubo

celebraciones jubilosas por tal acontecimiento (Pérez Verdía, 1973, pág. 228). Entre los orígenes de las hostilidades de aquellos años sucedió que:

... dada la situación precaria del país, México no podía pagar la deuda externa, por lo que el 17 de Julio de 1861, Benito Juárez declaró la suspensión de pagos. El presidente con entereza republicana, pidió la cooperación de todos los estados y los jaliscienses, por boca de su gobernador sustituto, Ignacio Luis Vallarta, respondieron a su llamado con entusiasmo, aprestándose para la lucha (Muriá, 1982, pág. 242).

Los jefes policiacos organizaron pronto milicias de ciudadanos para su integración a la guardia nacional. Se abrieron registros, distribuyeron y publicaron proclamas. Todos los grupos sociales trataron de participar de alguna forma; incluso el cabildo eclesiástico publicó una protesta contra la intervención, siendo secundado por algunos curas de la diócesis. (Muriá, 1982, pág. 243)

Por otro lado, los franceses se apoderaron de Puebla después de haberla sitiado durante varios meses (17 de Mayo de 1863) y: "los tapatíos mostraron tal consternación y coraje que recorrían las calles

de Guadalajara lanzando vivas a la República y atacando e injuriando los domicilios de Franceses o sus simpatizadores". (Vigil, Ensayo histórico del Ejército de Occidente, 1970, pág. 174) Por si fuera poco a fines de 1864 llegaron Maximiliano y Carlota, y de este modo la situación social se tornó mucho más difícil por el ambiente de desánimo y desorganización que existía. Los franceses implantaron las denominadas cortes marciales en todo el territorio:

... condenando a muerte todos los días, unas veces a verdaderos bandidos, pero otras muchas a inocentes acusados calumniosamente. Eran unos tribunales militares que no distinguían el grado de delincuencia, formados de oficiales extranjeros que mal conocían el idioma y en los cuales no se concedía defensa. (Pérez Verdía, 1973, pág. 312)

Sin embargo la lucha republicana no cesó:

...hubo levantamientos en Chapala, Tapalpa y cerca de Colima. En Sinaloa el Gral. Ramón Corona derrotó a los franceses el 9 de Enero de 1865 en el pueblo de Veranos, después de que ocho días antes resistió cuatro horas de combate al Gral. Garnier que lo sextuplicaba en hombres, y quién finalmente se tuvo que retirar (Pérez Verdía, 1973, pág. 317).

Un factor determinante en la caída del Segundo Imperio mexicano fue, en el contexto mundial, el retiro, en 1866, del apoyo a Napoleón; por lo que el Barón Saillard le informó a Maximiliano que en caso de querer

seguir en México se preparara para bastarse a sí mismo. Lo demás como es conocido fue que el emperador terminó siendo fusilado por órdenes de Benito Juárez en el cerro de las Campanas, el 19 de junio de 1867. Lo trágico del hecho anterior fue que por decisión propia y por sostener sus ideas Maximiliano quedó abandonado a su propia suerte y demonios.

Autor: José C. Valadez

Título: Maximiliano y Carlota en México.

Editorial: Diana

Lugar y año de la publicación: México, 1976.

Ubicación: Biblioteca del AHJ

Clasificación: 972.049/Val

José C. Valadez nos describe la exposición de las ideas de Maximiliano:

El 28 de Mayo de 1864, tres horas después de fondear la Themis, entró a la bahía la Novara, que vestía su traje de gala, pues estaba empavesada con todo género de gallardetes a fin de no olvidar que era el barco insignia de la escuadra de Austria. A bordo de la Novara viajaban el archiduque Fernando Maximiliano de Habsburgo y su esposa la princesa María Carlota designados emperadores de México por una asamblea llamada de Notables, designación verificada por una mayoría nacional hecha a fuerza de armas. (Valades, 1976, pág. 9)

En las calles de Veracruz circulaba un impreso en el que se leía:

Mexicanos, ¡Vosotros me habéis deseado!... Si permanecéis siempre unidos para defender valerosamente los grandes principios, únicos fundamentos verdaderos y durables de los Estados Modernos, los principios de inviolable e inmutable justicia, de igualdad ante la ley, el camino abierto a cada uno para toda carrera y posición social.... Las mejoras de la agricultura, de la minería y de la industria, el establecimiento de vías de comunicación para un comercio extenso.... Las bendiciones del cielo y con ellas el progreso y la libertad no nos faltarán... ¡Mexicanos! El porvenir de vuestro país está en vuestras manos (Valades, 1976, pág. 10).

Era ésta una proclama firmada por Maximiliano:

...a manera de preliminar de un imperio que si no lesionaba el fondo del pensamiento de la política nacional, si destruía la estructura institucional caracterizada en república que funcionaba en el país en días anteriores a una monarquía; porque, en efecto, la idea republicana nació en México no como principio de un mejor vivir público, sino como antítesis al poder virreinal, que sin poseer contigüidad con lo monárquico, era la antinomia de una dominación extranjera. De ahí que, para los políticos románticos, la monarquía significase un regreso a los años setecientos; un trasunto de la dominación española. Así, desde la expedición de la Constitución de 1824, el gobierno representativo, en el que se supone que el poder reside en el pueblo, se hizo irrevocable para los mexicanos, y la república se convirtió en una dialéctica que exigía, en medio de un batallar doméstico, mayores, aunque quiméricas libertades, en tanto la monarquía fue objeto de todo género de vituperios, no obstante que como principio era parte de las conjugaciones propias a las consideraciones públicas. Sin embargo, la idea de una autoridad suprema, con carácter vitalicio, ejercida por un príncipe,

la pléyade mexicana del independentismo la vio como un grave peligro para el progreso del país, puesto que el mundo político creyó volver a mirarse en el espejo virreinal, que si en la apariencia constituyó un signo de orden y de paz, no por ello dejó de acarrear consigo la rutina y el absolutismo, capítulos de los que la clase nacional pre-gobernadora quiso alejarse a manera de preservar el país del gregarismo colonial (Valades, 1976, págs. 9-11).

Autor: José Fuentes Mares

Título: La Emperatriz Eugenia y su aventura mexicana

Editorial: El Colegio de México.

Lugar y año de la publicación: México, 1976.

Ubicación: Biblioteca del AHJ.

Clasificación: 920.72/MON.

Finalmente una breve reseña sobre el texto de José Fuentes Mares, *La Emperatriz Eugenia y su aventura Mexicana*; el cual (según me parece) nos habla más profundamente de los antecedentes y razones por las cuales Maximiliano quiso venir a ser Emperador de México:

...asegura José Manuel Hidalgo que en 1856 el partido monárquico envió a Europa a dos personas respetables para que ofrecieran la corona al duque de Montpensier, y que si las dificultades de entonces no hubieran sido insuperables Francia no se habría opuesto a esa elección.

Y más adelante menciona que:

No estaría el plan tan bien concebido cuando abortó en su cuna, pero alguna fuerza tendría si el marqués de Radenport obtuvo recursos de un mexicano rico, inteligente y de buena posición para plantear en Londres y París su Proyecto para la regeneración de México sobre la base establecer una monarquía con un príncipe extranjero en el trono (Fuentes Mares, 1976, págs. 18-19).

Los argumentos que Radenport hace valer en su proyecto fueron:

1° Las actuales comunicaciones, independientemente de las riquezas intrínsecas del nuevo mundo, determinan que éste pese hoy en la balanza de los intereses políticos y materiales de Europa.

2° Si para contener en Europa la influencia rusa se levantó la gran barrera del imperio otomano, en América está llamado México a convertirse en barrera natural frente a los Estados Unidos.

3° En consecuencia, y para levantar esa barrera, será preciso apoyar en México una intervención Europea que tenga todas las ventajas de esta y no sus inconvenientes: en suma, hacer que México se salve, por sus propios medios y esfuerzos, mediante el establecimiento de un gobierno monárquico que al fin de pocos años lo coloque entre los estados ricos y florecientes.

Algúndía—terminaba el proyecto—Europa se dará cuenta de que los norteamericanos son los dueños de la Habana; que se preparan para ocupar Santo Domingo, y que amenazan las posesiones inglesas y francesas de las Antillas. Ese día se llegará a la guerra que ha

sido evitada con tanto cuidado, a la guerra que podrá hacer brotar en el seno de Europa tantos fermentos de desorden y desorganización social. El medio que propongo evita todas esas desgracias. Detiene el progreso de la ambición norteamericana por medios pacíficos, y en el nombre de los principios que han sido siempre su arma más temible (Fuentes Mares, 1976, pág. 20).

El mensaje de los autores mencionados más arriba nos dice que finalmente todo mestizaje no consentido es fruto ineludible de una violación, así sea obtenida incluso con seducción o cultura.

Que tales tensiones y conflictos (manifiestos o latentes) de aquellos tiempos, resulten sin duda en el yacimiento sobre el cual tantea nuestra trabajosa identidad y con secuelas no resueltas, mucho me temo están vigentes.

Durante demasiado tiempo hemos mantenido una visión de legitimar nuestra propia historia partiendo de lo que podríamos llamar el “discurso imperial”. Pero creo que ha llegado la hora de descolonizar lo que se ha escrito en el pasado con el fin de que seamos más conscientes de nuestro presente y que podamos construir una identidad propia.

Por ello es de resaltar el esfuerzo de estos tres autores que hemos reseñado, pues nos narran los hechos de otra manera, en un

lenguaje más nuestro. Para ellos y nosotros existe la evidencia de que: la lengua, la cultura y la religión son los tres instrumentos más sutiles y eficaces de la colonización.

En el Plan de Desarrollo Municipal de 2004 se menciona que Acatlán de Juárez es una zona boscosa con bello paisaje y cuenta con un monumento a la Batalla de la Coronilla. En Acatlán aún se localizan los restos del casco de la ex hacienda El Plan, empleada como cuartel general por el General Eulogio Parra. Esperemos no olvidar nunca cuando estemos de paseo por allí que fue y seguirá siendo un monumento demasiado valioso de lo que hicieron los que nos precedieron por darnos Patria y Libertad.

Archivos Bibliográficos

Del libro *La Magia en Jalisco* de la autora Ana María Zea Aguilar, publicado por Unidad Editorial, del Gobierno de Jalisco, en 1988, extrajimos el siguiente texto del capítulo VI: “La Inquisición en la Nueva España”, el cual comenta el juicio por hechicería que se le siguió a Beatriz de Alberto, mujer de raza negra que, al parecer, se dedicaba al oficio de curandera:

En 1570 en Compostela contaron como preámbulo a la acusación de Beatriz de Alberto, que ésta tenía hechizado al padre Francisco Tello y que el doctor Morones ya la había castigado por ello. Además dijeron que una vez estando la negra con doña Catalina, esposa de Bolaños, ésta le preguntó qué podía hacer para que su esposo no estuviera enamorado a otra mujer. Beatriz le contestó que “con la purgación de la mujer, la segunda vez, y con aquello guisar un pollo y dándolo a comer al marido la querría bien”.

Incretamente se le acusó de usar para sus conjuros y hechicerías una jícara verde llena de agua, rodeada de cien maíces, fijando previamente una vela encendida en el centro de la jícara.

Hubo muchos testigos que se presentaron en favor de la negra que ésta tenía muchos enemigos porque ejercía la medicina curativa y eran precisamente sus enemigos quienes la acusaban. Sin embargo se le encontró culpable y se le sentenció a que el primer domingo o fiesta de guardar, estuviera en la iglesia de la Vera Cruz en penitencia pública; la vela en la mano, la cabeza descubierta y oyendo misa de pie. Además se le desterró por tres años, y se le pidieron dos libras de cera blanca y cincuenta y cinco pesos de oro común.

Los cincuenta y cinco pesos se repartieron de la siguiente

manera: veinticinco pesos para ayuda del salario del visitador canónico; diez para la fábrica de la iglesia, diez para el fiscal y diez para gastos judiciales.

En ese mismo libro Zea Aguilar relata otro curioso caso de magia y duendes:

En 1621 doña Juana de Porras dijo que había ido con su padre a la siega del trigo cuando vio salir a jugar al patio a una niña que comía pan; repentinamente volvió a entrar a la casa. Al día siguiente estaba muy enferma y con mucha temperatura. Como no había médico cerca, llamaron a una india para si la podía curar.

La india dijo que un duende le había robado la sombra porque la niña no quiso darle de lo que comía. Para curarla buscó una jícara llena de agua y con ella le lavó la cabeza; después le pegó con unas hierbas en la cabeza y el cuerpo. Al terminar tomó el cabo de una vela encendida y le hizo girar sobre la cabeza de la niña diciendo que si se apagaba moriría y si permanecía encendida viviría.

¿Qué se está investigando?

De lunes a viernes, de 8 de la mañana a 3 de la tarde, el Archivo Histórico recibe usuarios que lo visitan para consultar sus acervos documentales, hemerográficos, bibliográficos y cartográficos. En esta sección hablaremos de los investigadores que asisten al AHJ, de los trabajos que realizan, proyectos y productos terminales obtenidos, en parte, gracias a la información que pueden encontrar en las fuentes que conforman el patrimonio

archivístico de la institución.

Nombre del Investigador: Lic. Raúl Gómez Mariscal.

Procedencia: Investigador independiente.

Temáticas: Haciendas de Jalisco, siglo XVI-XXI.

Fuentes consultadas: Libros de tierras y aguas, Gobierno de la Real Audiencia y Libros de notarios.

Semblanza:

Raúl Gómez tiene 9 años asistiendo de dos a cuatro veces por semana al AHJ. Le motiva en este ejercicio de constancia y dedicación su interés por rescatar la historia cotidiana de Jalisco a través de sus haciendas.

En su estudio escudriña datos en los documentos para reconstruir la genealogía y la biografía de propietarios y de familias de hacendados. Como investigador independiente, no recibe ningún financiamiento ni patrocinio.

Amante de la historia regional tiene prospectado terminar de redactar y publicar dos libros (ediciones de autor), donde reseñará la génesis y la actualidad de haciendas como la del Carmen, en Ahualulco de Mercado; la de Santa Cruz del Valle, en Tlajomulco; La Labor de Rivera, en Teuchitlán; entre otras. Las tres son ejemplos de haciendas centenarias fundadas por conquistadores. Santa Cruz es la

más antigua de las tres; fundada en 1542, al día de hoy alberga un colegio que cuenta con primaria y secundaria. Las otras dos datan de 1560 y están habilitadas como hoteles.

Raúl se ha fijado el propósito de consultar y leer todas las colecciones y acervos del AHJ que le ayuden a documentar su tema. Le preocupa la centralización de la historia y la poca atención que recibe la historia periférica, provincial. Quisiera coadyuvar con su trabajo a que en la historia de la conquista haya una mención a los sucesos que tuvieron lugar en el Occidente de México.

Nombre del Investigador: Historiadora Carolina Guadalupe Aedo Hernández

Procedencia: Dirección General de Asuntos Agrarios.

Temáticas: Tierras comunales indígenas y repartimiento: 1850-1917.

Fuentes consultadas: Libros de tierras y aguas, periódico oficial del estado de Jalisco y Libros de notarios.

La historiadora Carolina Aedo está encargada del archivo de su dependencia y atiende asuntos jurídicos y territoriales de ejidatarios; de los documentos bajo su responsabilidad se expiden copias certificadas. Atiende también asuntos y requerimientos de otras dependencias federales, estatales y municipales, como la Procuraduría Agraria. Dada la naturaleza de su trabajo, tiene ella

y su dependencia la necesidad de estar sondeando los antecedentes históricos de las tierras ejidales (de ellas sí tienen información) de tal suerte que con frecuencia consulta títulos de propiedad comunales del siglo XIX hasta inicios de 1913.

